

III.



ESPUES de la acción de armas del día 5, inscrita con letras de oro en el libro de la historia, el Ejército invasor levantó su campamento de Amalucan replegándose hasta Orizaba y el Ejército mexicano en su seguimiento, acampó frente á la misma ciudad en espera de la División de González Ortega, que el Gobierno de Zacatecas había puesto á la disposición del Gobierno General. Esa retirada del Ejército francés bien podía llamarse fuga por su precipitación y el abandono en que iba dejando en el camino enfermos, heridos, botiquín y algunos bagajes; y como no hubo otra cosa digna de mencionarse, vuelvo con mi narración á Puebla para seguir por orden de fechas los demás acontecimientos.

La División de operaciones al mando del Señor General O'Horan, estuvo en Atlixco donde batió con éxito á las fuerzas reaccionarias de Márquez y Cobos, incorporándose al Cuartel General en la mañana del día 6 y cerca del anochecer del mismo día, el Señor General Antillón llegó con las fuerzas de Guanajuato, reforzando entre ambos con 4500 hombres á nuestro cuerpo de Ejército. Podría asegurarse sin jactancia que á haber

contado con ese refuerzo oportunamente, el Ejército francés habría perecido íntegro frente á los muros de Puebla.

Siguiendo el orden cronológico en la publicación de documentos valiosos por sus confesiones ó por los datos que pueden ministrar al porvenir, comienzo por insertar la proclama del Gral. Laurencez al Ejército de su mando: marco con una manecilla los párrafos sobresalientes de esa proclama, porque aunque el mundo entero sabe ya que el partido conservador fué la causa principal, el factor único de nuestras desventuras, la declaración de Laurencez me exime de apelar á comentarios, atendiendo al principio jurídico de la relevación de prueba á confesión de parte; y parte lo fué el aliado extranjero.

“SOLDADOS Y MARINEROS: Vuestra marcha sobre México ha sido detenida por obstáculos materiales que estábais lejos de esperar, según los informes que se os habían dado.

↵ Cien veces se os había repetido que la ciudad de Puebla os llamaba con ansia, y que su población se precipitaría á vuestro encuentro para coronaros de flores.

↵ Nosotros nos hemos presentado delante de Puebla, con la confianza que nos inspiraba esta engañosa apariencia. ↵

La ciudad se hallaba erizada de barricadas y dominada por un Fuerte, donde habían sido acumulados todos los medios de defensa.

Vuestra artillería de campaña era insuficiente para abrir brecha en las trincheras, y para ello habría sido necesario un material de sitio. Sin tener este material, pero confiando en vuestra intrepidez, os habéis precipitado sobre fortificaciones defendidas por una inmensa artillería y por una triple hilera de fusilería, á la vez que teníais que sostener por vuestros flancos los esfuerzos de muchos batallones mexicanos, y de una numerosa caballería.

↵ Habéis hecho lo que solo los soldados franceses saben hacer; díganlo los muros de Guadalupe. ↵ Una fuerte lluvia vino á inundar el suelo y á hacer inaccesibles las cuestas, poniéndoos en la imposibilidad de renovar los ataques; pero el Emperador sabrá apreciar vuestros esfuerzos.

Sí, todo lo que os he dicho es cierto. Habéis sido engañados, como S. M. el Emperador, y habéis obligado á defenderse, precisamente á los que tenían simpatías por vosotros. Pero la Francia engañada sabrá reconocer su error, porque vuestro soberano es demasiado grande para hacer el mal. El mismo lo ha dicho: “la justicia acompaña por todas partes al pabellón francés.

¡Viva el Emperador!—*El Conde de Laurencez.*”

Llámame altamente la atención que el Conde de Laurencez encontrara una razón en *la fuerte lluvia* que cayó sobre el campo de batalla, pretendiendo desvanecer así la mancha que nuestro valiente Ejército imprimió en la reputación de que venían precedidos el Señor Conde y sus aguerridos subordinados: no sé si el Ejército mexicano iba provisto de paraguas cuando pudo seguir combatiendo, ni sé si también llevaba salva-vidas para no morir ahogado en la *inundación* ocasionada por las descorteses nubes; lo que sé, lo que todo el mundo sabe, es que aquellos incidentes no fueron obstáculo para que nuestros soldados pisaran con firmeza el terreno *inaccesible* para los vencedores de antaño.

Ni siquiera la disculpa fué bien pensada, pues para que la lluvia hubiera podido inundar el suelo y hacer inaccesibles las cuestas, se necesitaba que el nivel de las aguas hubiera subido á tal altura, que habría arrollado en su descenso á las partes declives, al Señor de Laurencez, á su Ejército, á sus municiones de boca y guerra, y por ende, á la pluma y al tintero que le proporcionaron los medios de escribir tan descomunal mentira, pues debe tenerse presente que *la acción se libró en la falda de los cerros de Guadalupe y de Loreto, donde es imposible una inundación.*

Yo ignoraba que solo los soldados franceses supieran correr frente á los ejércitos que defienden su libertad y su grandeza; pero el Sr. Laurencez lo dice, y cuando lo dice, en buenas razones debe de fundarse. Aunque ya se conoce la famosa proclama, no puedo privarme del placer de reproducir aquí uno de sus más bellos pasajes, el cual da á conocer al Sr. Conde como inhabil para manejar con maestría la pluma del defensor: El párrafo dice así: “*Habéis hecho lo que solo los soldados franceses saben hacer; díganlo los muros de Guadalupe.*” ¡Muy bien

telegrama
N.º 6.º

debe haber la lluvia
de pretensión a la

La lluvia
fue a la 9 p.m.

Sr. Conde ¡muy bien! vuestro defendido, aunque agradezca el consejo, y eso sólo por deferencia á la superioridad de quien lo da, no esperéis que ante el Tribunal de la Historia apele al testimonio de los muros de *Guadalupe*, en donde el Sol de Mayo seguirá alumbrando por la eternidad de los tiempos, el recuerdo de vuestra ineptitud como asaltante, y de vuestra torpeza como militar ¡*Díganlo los muros de Guadalupe!*..... aun resuena en ellos el eco del clarín de órdenes del Ejército francés tocando retirada..... Aun resuena el eco de nuestras bandadas tocando diana al unísono, y aun resuenan en esos muros las palabras sacrosantas de: “¡Patria, Independencia y Libertad!”

Mis lectores perdonarán que en algunos casos me distraiga de mi principal objeto que es la Reseña histórica del Ejército de Oriente, cuando con esa distracción consiga demostrar con precisión algunas perfidias, ó logre acrecentar las glorias patrias, en cuya religión soy fanático, y por cuya honra he expuesto mi vida, y volveré á exponerla cuando necesario sea.

Indispensable es glosar la proclama del invasor: súfrase con calma la repetición de ella á fin de rendir un tributo á nuestra causa:

“Vuestra marcha sobre México ha sido detenida por obstáculos materiales que *estábais lejos de esperar.....*”

Seamos lógicos. Según esa declaración del Sr. Conde, debemos entender que supuso al país deshabitado, ó supuso que todos los hijos de Anáhuac habían sido hechos á *imagen y semejanza* de D. Juan N. Almonte. En el primer caso, no lo envidio desempeñando el papel de Robinsón en la América latina; en el segundo, pasa por un ignorante aceptando la fábula de la leyenda bíblica, hermosa para épocas en que se admitía el absurdo como

dogma; risible para los que tienen ligeras nociones en la Historia de las razas humanas. ¿No conocería el Sr. Conde las obras de Luis Figuier?

Para convencerse de que el Conde de Laurencez fué torpe al manejar la pluma de la defensa, bastaría leer el siguiente párrafo de su referida proclama:

“Cien veces se os había repetido que la ciudad de Puebla os llamaba con ansia, y que su población se precipitaría á vuestro encuentro para coronaros de flores: Nosotros nos hemos presentado delante de Puebla, con la confianza que nos inspiraba esta engañosa apariencia.”

Vamos á cuentas: la disyuntiva que voy á someter al criterio de mis lectores es concluyente: ó Laurencez fué candoroso ó fué descaradamente perverso: escoged. De estas dos proposiciones, veamos cuál es la más adecuada. Almonte, Haro y Tamariz y Miranda, *fueron los únicos*, sí, sólomente *los únicos*, que repitieron *cien veces* al invasor que la ciudad de Puebla lo coronaría de flores al profanar con su planta nuestro suelo. La primera proposición se compone de varias partes que es forzoso analizar: Almonte había sido desterrado del territorio nacional como pernicioso á la paz pública; por consiguiente su opinión adolecía de capital defecto en buen derecho: era juez y parte: Haro y Tamariz era desleal á la patria, y los desleales en ninguna parte del mundo han tenido, ni tienen, ni tendrán voz ni voto: Miranda era un sacerdote relajado que no teniendo ya cabida en el convento, y vaya que es mucho decir, se convirtió en apóstata, rompiendo los votos de castidad y buen vivir que había hecho al pié de los altares, poniendo por testigo de sus fútiles promesas, al Martir del Calvario. El hombre que rompe sus títulos de honradez, que cobarde ante las obligaciones de su conciencia quiere sofocar la protesta del deber con el estampido de los cañones, no merece ser

oído. Dar crédito, Sr. Conde, á tres reos que ocupaban el banquillo del acusado en el tribunal de la opinión pública, es candor.

Sigamos con la segunda proposición: El Sr. Conde de Reus, honorable por la posición que ocupaba en la comisión tripartita; honorable por sus antecedentes como soldado, y honorable por herencia de sangre de su hidalga raza, había aconsejado con lealtad al ambicioso Emperador de Francia que no aceptara el papel ridículo que le recomendaban sus *ilustres* comisarios.

No dar oídos ni el Conde ni el Emperador, á las advertencias de un hombre imparcial que juzgaba de cerca los acontecimientos, fué una perversidad. Pero para poder obter mejor por el dictado de candoroso ó perverso que sin remisión le corresponde á Laurencez, voy á refrescar la memoria de mis lectores, reproduciendo la carta del Gral. Prim á S. M. el Emperador de los franceses.

Después seguiré comentando la proclama.

“Orizaba, 17 de Marzo de 1862.—Señor: V. M. I. se ha dignado escribirme una carta autógrafa, la cual, por las palabras benévolas que contiene hácia mi persona, será un timbre de honor para mi posteridad. Grandes eran, efectivamente mis deseos de marchar en línea con las fuerzas de V. M., mandando un cuerpo de tropas españolas y combatiendo por la misma causa, pues me anima la fundada esperanza de que los soldados de Castilla son dignos de combatir al lado de los soldados de Francia, aun teniendo estos la bien ganada reputación de ser bravos como los más bravos. Pero yo hubiera deseado otro campo de batalla y otros enemigos que combatir, señor: pues aquí, combatiendo contra las tropas mexicanas y sus cuerpos de Guardia nacional, los soldados de Francia y España no tienen gloria ninguna en ganar; no porque á los mexicanos les falte valor personal: lo tienen como oriundos de la raza española. Pero este país está aniquilado por una guerra civil de 40 años, y esto basta para hacer comprender que su fuerza armada no puede estar en disposición de hacer frente á los bien organizados batallones de Francia y España. Sin embargo, aquí estamos, y juntos combatiremos si el gobierno de la República NO HICIERA DERECHO A LAS JUSTAS RECLAMACIONES DE LAS NACIONES ALIADAS, AUNQUE MI OPINION ES QUE EL GOBIERNO NOS HARA ESA JUSTICIA, Y QUE POR LO TANTO NO HABRA LUGAR A COMBATIR.

En el terreno de las justas reclamaciones no puede haber divergencia entre los comisarios de las potencias aliadas, ni menos la habrá entre los jefes de las tropas de V. M. y las de S. M. C., pero la llegada á Veracruz del General Almonte, del antiguo Ministro Haro, del padre Miranda y de otros mexicanos emigrados, trayendo la idea de crear una monarquía en favor del príncipe Maximiliano de Austria, bandera que según ellos debe ser apoyada y sostenida por las fuerzas de V. M. I., van á crear una situación difícil para todos, y más difícil y angustiosa para el General en Jefe de las tropas españolas, quien á tenor de las instrucciones de su gobierno, basadas en la convención de Londres, y casi iguales á las que vuestro digno vice-almirante la Gravière recibió del gobierno de V. M., se vería en el sencible caso de no poder coadyuvar á la realización de las miras de V. M. I., si ellas fueran realmente las de levantar un trono en este país, para sentar en él al Archiduque de Austria.

A más, tengo la profunda convicción, señor, de que en este país SON MUY POCOS LOS HOMBRES DE SENTIMIENTOS MONÁRQUICOS; y es lógico que así sea, cuanto que aquí no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España, y sí solo en la de los virreyes, que gobernaron cada uno según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos según las costumbres y modo de gobernar á los pueblos en aquella época remota.

La monarquía, pues, no dejó en este suelo ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa cuando al impulso de huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada QUE PUEDA HACER DESEAR Á LA GENERACION ACTUAL el restablecimiento de la monarquía, que no conoció, y que nadie ni nada la ha enseñado á querer ni venerar.

La vecindad de los Estados Unidos, y el lenguaje siempre severo que usan aquellos republicanos contra la situación monárquica, ha contribuido á crear aquí **VERDADERO ODI** á la monarquía; al paso que la instalación de la República desde hace 40 y más años, á pesar de su desorden y agitación constantes, ha creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no sería fácil destruir. POR LO DICHO, Y POR OTRAS RAZONES QUE NO SE PUEDEN OCULTAR á la elevada penetración de V. M. I., comprenderá, que la opinión inmensamente en general en este país, *no es ni puede ser monárquica*; pero si la lógica no bastara, bastará á demostrarlo el hecho de que en dos meses que las banderas aliadas ondean en la plaza de Veracruz, y hoy que ocupamos los pueblos importantes de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en donde no han quedado fuerzas mexicanas ni más autoridad que la civil, ni monárquicos ni conservadores han hecho la menor demostración, siquiera para hacer ver á los aliados que tales partidos existen.

Lejos de mí, señor, el suponer siquiera que el poder de V. M. I. no sea bastante para levantar en México un trono para la Casa de

Austria. V. M. rige los destinos de una gran nación, rica en hombres entendidos y valerosos, rica en recursos y brotando entusiasmo siempre que se trata de secundar las miras de V. M. I.: hasta fácil le será á V. M. conducir al Príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey; pero este rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, QUIENES NO PENSARON EN ESTABLECER LA MONARQUÍA CUANDO ESTUVIERON EN EL PODER, y piensan en ello **HOY QUE ESTAN DISPERSOS, VENCIDOS Y EMIGRADOS.**

Algunos hombres ricos admitirán también al monarca extranjero viniendo fortalecido por los soldados de V. M.; pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle, y el monarca caería del trono elevado por V. M., *como otros poderosos de la tierra caerán el día en que el manto imperial de V. M. deje de cubrirlos y escudarlos.* Yo sé bien que V. M. I. en su elevada justicia no quiere forzar á este país á cambiar de instituciones de una manera tan radical, si espontáneamente no lo desea y pide; pero los jefes del partido conservador llegados á Veracruz, dicen bastará consultar las clases elevadas de esta sociedad sin ocuparse de las demás, y esto agita los ánimos, inspirando temores de que se fuerce y violente la voluntad nacional.

La tropa inglesa que debía venir á Orizaba, y que tenía ya preparados los medios de transporte, en cuanto se *supo que venían más fuerzas francesas que las estipuladas en la convención, se reembarcó.* V. M. APRECIARA LA IMPORTANCIA DE SEMEJANTE RETIRADA. Pido mil perdones á V. M. I. por haberme atrevido á llamar su atención sobre esta larga carta; pero he creído que el modo de corresponder dignamente á las bondades de S. M. para conmigo, era decirle **LA VERDAD Y TODA LA VERDAD**, sobre el estado político de este país, tal cual yo lo comprendo, con lo que habré satisfecho, no sólo un deber, sino también un deseo de noble, respetuoso y elevado afecto hácia la persona de V. M. I.

Réstame sólo decir, que desde que llegamos á este país, la más cordial armonía ha reinado entre vuestro entendido vice-almirante la Gravière y mi persona y que lo mismo ha sucedido entre los jefes, oficiales y soldados de ambas naciones, armonía que no dudo continuará mientras estemos en este país.

Queda de V. M. I., señor, con el más elevado respeto y la más noble adhesión, vuestro apasionado y adicto servidor que hace votos por la conservación y grandeza de V. M. y por la de S. M. la Emperatriz y por la del Príncipe Imperial.—firmado.—El Conde de Reus.”

Dice por último la repetida proclama:

“Sí, todo lo que os he dicho es cierto: Habéis sido engañados “como S. M. el Emperador, y habéis obligado á defenderse á los “que tenían simpatías por vosotros.....”

Todo, absolutamente todo lo que se asienta en aquel documento, es la más impúdica falsedad. Puebla no esperaba con arcos de triunfo ni con coronas de flores al Ejército invasor: La fuerte lluvia no pudo impedir el ataque, como no impidió la defensa; pero admitiéndolo en premisa lo niego en conclusión:

¿La inundación no bajó al día siguiente, ni al otro, ni al otro, ni á los otros muchos que pasaron sin que el derrotado General francés se hubiera atrevido á voltear el rostro á los muros de Guadalupe, temeroso de que le recordaran lo que había pasado? ¿Que se había engañado al pobre soldado de aquel Ejército? ¡Nó! protesto á nombre del disciplinado soldado francés: los engañados, si los había, eran el Emperador y su inhábil y torpe General.

Al final de la proclama se estampan las siguientes palabras con arrogancia:

“Pero la Francia engañada sabrá reconocer su error, porque “vuestro soberano es demasiado grande para hacer el mal. El mismo lo ha dicho; la justicia acompaña por todas partes al pabellón “francés.”

Dos falsedades solemnes y una verdad de Pero Grullo contiene el párrafo anterior. La Francia jamás conoció su error ó encastillada en él, no quiso confesarlo: En México por lo menos, no acompañó la justicia á su pabellón.

Lo que sí es verdad, es que el Soberano francés era demasiado grande para hacer el mal, y..... también es verdad que lo midieron con la misma vara que nos había medido.

El Sr. Conde no quiso confesar su derrota con sencillez y con humildad, prefiriendo dejar al mundo un documento que echó por tierra su fama de diplomático, como la acción del 5 de Mayo destruyó su fama de estratégico.